

sertar. Aquí me mandó *El Liberal* en tiempo de paz; aquí me tendrá ahora que es cuando más puede interesarle mi trabajo. Mientras el mismo *Liberal* no me envíe a otro sitio, aquí me quedaré.

Mi compañero, atusándose unos enormes bigotes rubios de guerrero, murmuró:

— Pues yo me voy... Eso de que un «zeppelin» nos eche una lluvia de bombas, no me deja dormir...

Y luego, con un suspiro:

— ¡Se está tan bien en San Sebastián!...

Pero en honor de la verdad he de decir que, si algunos se han ido, muchos vienen, muchos otros quieren venir. Aquí está, a mi lado, en el café en que escribo estas líneas, Eduardo Zamacois, que acaba de llegar, y que encuentra a París más admirable que nunca. Ahí, muy cerca, en el Hotel del Louvre, está Antón del Olmet, que desea ir a la frontera de Alemania, y que se pasea por el Bulevar con una cinta española en el ojal. Ahí está Bonafoux, que ha abandonado su casa de campo de Varengeville para volver al Bulevar. Ahí están, en fin, los nuevos corresponsales de *El Imparcial*, del *Heraldo*, de otros periódicos. Ellos dirán si *El Siglo Futuro* levanta falsos testimonios a la cristianísima Francia... Amén.

El valor y el miedo.

25 de agosto.

El alma fiera de Francia acaba de sufrir su primera sorpresa, su primer dolor, su primera humillación. No me refiero al revés en Lorena, que ha permitido entrar en Luneville a los prusianos. No. Todos están convencidos de que la formidable campaña no puede ser una serie de triunfos. Con reticencias, pero sin hipocresías, los boletines oficiales anuncian lo mismo lo bueno que lo malo. Pero lo que debe de haber costado una pena inmensa al Ministerio confesar, es el pánico que se apoderó en Alsacia de las tropas de Marsella, de Tolón y de Antibes. En vano los historiadores hacen notar que esos hombres, más italianos que franceses, tienen una impresionabilidad tal, que, después de tirotear contra la infantería con bravura, son incapaces de resistir a la lluvia de granadas que vienen, cuando la artillería habla, de lejanías misteriosas. En vano los periódicos recuerdan que, hace catorce días, una brigada entera de bávaros se precipitó en desordenada fuga, abandonando fusiles y cañones, al ser atacada a la bayoneta. Nada consuela a los franceses de este acto natural y vergonzoso. Las mujeres mismas, indignadas, piden que se fusile a los que retrocedieron. En cuanto a los oficiales, un redactor del *New York Herald* dice: «Era lamentable ver cómo al

enterarse de aquel pánico, los viejos y los jóvenes sentían enrojarse sus mejillas y nublárseles los ojos, murmurando: «Cobardes, cobardes.»

¿Cobardes?... Sí... Y no obstante, quién sabe si mañana, en otro combate, esos provenzales no se mostrarán tan heroicos como sus compañeros de Lorena y de Champaña (1). En el curso de las guerras, desde los tiempos de Troya hasta nuestros días, los casos de flaqueza de ánimo, seguidos de hazañas épicas, son muy frecuentes. El valor, como casi todas las virtudes, se educa y se cultiva. Que los hombres del Este, nacidos en campos ensangrentados y criados ante la imagen de la lucha, sean de un coraje terrible, se explica. Los provenzales, en cambio, que viven en una dulce paz georgica y que hablan más a menudo de las cigarras de Mistral que de la derrota de Metz, no tienen, ni pueden tener, la fuerza de ánimo que hace al soldado insensible bajo la metralla.

¿Habéis leído el *Bartek vencedor*, de Enrique Sienkiewicz? El héroe de este libro es un granadero polaco que lucha durante la campaña de 1870 en las filas alemanas. Ignorante y tímido, no tiene ni siquiera una idea exacta de lo que son los franceses. «Deben ser unos prusianos más canallas aún», murmura. Y cuando lo llevan al fuego, va cual un cerdo al matadero. En la primera batalla se siente loco de miedo; así, loco literalmente, y quiere huir. Pero junto a él hay otros soldados que le dan de patadas, que lo injurian, que lo empujan. Enton-

(1) En efecto: pocos días después, las mismas tropas de Antibes y de Tolón se mostraron tan arrojadas, que un general, al verlas, exclamó: «¡Cómo se advierte que tienen necesidad de hacer olvidar algo!»

ces, no pudiendo correr hacia atrás, corre, demente y jadeante, hacia adelante, y mata, y grita, y toma cuatro banderas al enemigo. Después de la contienda, el jefe lo condecora con la cruz de hierro de los héroes. Y lo más extraño es que su miedo no se calma. En cada batalla, su tragicomedia interior recomienza. Quiere huir, y pelea cual una fiera.

Un médico italiano, discípulo de Lombroso, que sirve como voluntario en las ambulancias francesas, después de haber servido en las rusas durante la guerra de Manchuria, decíame ayer que lo más misterioso en la guerra es el mecanismo nervioso del miedo y del valor.

— En realidad — asegurábame —, un jefe no puede nunca estar seguro de sus hombres, pues los mismos que un día se muestran bravos hasta la temeridad y atacan cantando bajo la metralla, al día siguiente se echan a temblar, sin que nadie sepa por qué. En Mukden, un granadero moscovita, llamado Asoff, había ganado en los primeros encuentros dos medallas, y su capitán lo proponía para el grado de sargento. Siempre a la cabeza de sus compañeros, hubiérase dicho que sentía una especie de locura de pelea en cuanto oía los tiros. Una mañana, su compañía adelantóse contra un grupo de japoneses que se hallaban aislados en pleno campo, sin abrigo.

— A éstos — exclamó el teniente — los cogemos sin que se nos escape uno solo.

Con sus fusiles en actitud de disparar, los nipones, que no pasaban de ciento, esperaban tranquilos. Los rusos, muy superiores en número, adelantaban hacia ellos lentamente. De pronto, Asoff preguntó inquieto: «¿Por qué no tiran esos monos? — Ya tirarán», contestóle su vecino. Pero la marcha continuaba, y el

enemigo seguía inmóvil, sin hacer fuego. Un soldado dijo: «¡Qué raro es!» Entonces, Asoff, el héroe, se volvió hacia el teniente y murmuró: «¡Tengo miedo!» En el acto, como por encanto, la compañía dió media vuelta y se dispersó en desorden. Asoff tembló durante toda la noche, y al día siguiente se hizo matar, precipitándose solo contra una patrulla.

El médico concluyó diciéndome:

— Entre todas las enfermedades, la más contagiosa es el miedo. Un solo hombre puede producir el pánico en una columna. Como en un teatro, cuando alguien grita «¡Fuego!», el público se precipita hacia la salida, en las batallas basta una voz que diga «¡Estamos perdidos!» para impresionar a los que lo oyen. Y en esto no hay ni virtudes de raza, ni cualidades personales que establezcan diferencias entre los diferentes pueblos. Todos los historiadores hablan de los 70.000 romanos que, en la batalla de Cannas, se dejaron matar, sin defenderse, por los soldados de Aníbal. Aquellos guerreros, no obstante, eran los mismos que antes habían conquistado el mundo. Un momento de sorpresa bastó para arrebatarles todo su valor. El comandante Bastien, que ha tenido la paciencia de hacer la estadística de los pánicos en las batallas de los tiempos modernos, encuentra 300 casos entre 1792 y 1815, es decir, en la época de la epopeya napoleónica. De 1831 a 1900 sólo encuentra 25 casos idénticos, la mayor parte de los cuales se reparte por igual entre las líneas francesas y las alemanas en 1870. ¡Ah! ¡Si alguien quisiera escribir la historia del miedo!... (1)

(1) No hay necesidad de salir de España para encontrar ejemplos de pánico. El Sr. Benítez de Lugo dice:

«Sin remontarnos a siglos, en nuestras mismas guerras civiles se

El médico se detuvo, como buscando en su memoria algún recuerdo. Luego continuó así:

— En realidad, miedo todos lo han sentido. No olvide usted que el mariscal Ney, el más arrojado *sabreur* del

han presentado casos, y ahí está la batalla de Barbastro, en 2 de junio de 1837, en la cual los valientes soldados del Príncipe y Guías, de brillantísima historia, retrocedieron por un instintivo movimiento, produciendo el desorden.

»No podemos menos de relatar otro hecho más reciente, más inexplicable. En nuestro generalato existen personas que lo recuerdan, que con su denuedo contribuyeron a evitar una completísima hecatombe.

»Los que de ellos lean esto, en seguida comprenderán que nos referimos a la sorpresa de Lácar.

»Todavía no es posible comprender que regimientos como Asturias y Valencia, escogidos para los puestos de confianza en combates anteriores, huyesen ciegos, dominados por el miedo, sin que en aquella confusión indescriptible pudiesen los jefes y oficiales hacerse respetar.

»Pero lo que es más estupendo. Cuando el general Fajardo, que estaba en Lorca, se enteró de ello, púsose al frente del regimiento de Gerona para contener los fugitivos, ordenarlos y resistir la acometida carlista. Gerona salió entusiasmado por el camino de Lácar. Sus soldados demostraban la bizarria de siempre.

»Aproximase la avalancha que huía. El general Fajardo les ruega, les exhorta, les amenaza. El miedo era superior al honor. Fajardo, desesperado ya, vuelve la cabeza para que su regimiento de Gerona secunde sus órdenes, y ¡oh dolor!, también se había desbandado.

»Corre Fajardo a Lorca en busca del regimiento de León, compuesto de bizarrísima tropa, que lo había dejado allí cuando salió con el de Gerona, y se encuentra con que también se marchó corriendo, abandonando el pueblo.

»Es decir, que el movimiento natural, humano, instintivo, de terror, no sólo se comunica a las tropas que son testigos del primer acto de miedo, sino que se extiende, cual ataque epiléptico, a los que no tenían motivo para dejarse arrastrar por el pánico, a los que gozaban más fama de valientes, justamente adquirida.»

gran Imperio, decía a cada instante: «Es un triple embustero el que pretenda no haber temblado nunca.» ¿No tembló el mismo Turene, en efecto? Pero lo que establece la diferencia entre el héroe y el cobarde, es que el primero sabe ser superior a sus impresiones inconscientes. Yo conozco un ejemplo muy curioso y muy típico de triunfo sobre sí mismo. Es un ejemplo de ayer.

En la batalla de Lieja, el capitán belga Brinon, amigo mío, hallábase, con su batería, en un lugar descubierto. Las granadas alemanas caían delante de sus piezas, a 40 metros, con una regularidad exasperante. La mitad de sus hombres había ya sucumbido. Poco a poco, el oficial llegó a sentirse como un condenado a muerte que espera su último momento. Su voz temblaba. Sus piernas comenzaban a flaquear. Al fin, no pudiendo contenerse, dió orden de retroceder 50 metros. Un teniente que estaba a su lado, y que no había oído bien, acercósele y le dijo: «¿Retroceder, mi capitán?» Entonces, experimentando de pronto un sentimiento de vergüenza, exclamó: «¡Retroceder!... ¿Quién ha hablado de eso?... He ordenado que se adelanten 50 pasos...»

El orgullo había operado de tal modo, que al llegar al lugar mismo donde estallaban las bombas, mi amigo no sentía ya la menor debilidad moral.

El médico que así me hablaba terminó diciendo:

— ¡El orgullo: he ahí el gran resorte!

Es cierto.

Yo no olvidaré jamás el único acto heroico de mi vida. Era en una ciudad de la América Central, hace veinte años. El país estaba en plena revolución. Por una ancha bocacalle, los cañones del cuartel de Artillería bombardeaban la plaza principal. Desde la ventana de mi hotel yo veía aquella lluvia de fuego, haciendo saltar los ado-

quines del empedrado, incendiando las barracas de un circo de acróbatas. Y pensaba: «Pasar por ahí es un absurdo suicidio.» La gente, sin embargo, solía pasar. Unas cuantas carretas, renovadas de vez en cuando, abrigaban a los que, a gatas, corrían arrastrándose para huir de las balas de la fusilería. Una mañana un poeta me fué a buscar para que, juntos, acompañáramos hasta el palacio del Gobierno a una hermosísima muchacha, cuyo padre acababa de ser fusilado. Al llegar a la terrible bocacalle, mi amigo, que marchaba delante, inclinóse para resguardarse detrás de las carretas. Yo iba a hacerlo mismo. Pero vi que la mujer, a quien le daba el brazo, pasaba erguida, sin parecer siquiera oír el silbido de las balas, y me contuve. No sólo me contuve. Por instinto, alcé la cabeza y, tratando de sonreír, dije algo que en mi espíritu debía ser una frase de alegre arrojo.

— Pecado de orgullo — murmuró el poeta.

Cierto. Mas, ¿cuántos actos heroicos no son igualmente dictados por ese sentimiento vago, que se puede lo mismo llamar vanidad, que dignidad, que honor?...

El viejo cronista Froissart, que vivió en la época de mayores aventuras guerreras, no parece nunca, al referir las escenas de pánico, sentir la menor extrañeza. Después de contar cómo las tropas que defendían un puente contra un enemigo muy inferior en número, se sintieron de pronto llenas de miedo, dice tranquilo: «Unos tiraban los estandartes, otros corrían hacia Abbeville y Saint-Riquier, perseguidos por los vencedores.» Y poco después, hablando de la misma tropa, escribe: «Eran bravos extremadamente.» No creáis que hay ironía en esto. En las guerras, las mismas tropas son ahora terribles, ahora cobardes. El gran Stendhal, que siendo teniente de Napoleón se afeitaba todas las mañanas du-

rante el desastre de Rusia, nos ha hecho ver el pánico, el espanto que se apoderó de los más terribles veteranos de la Guardia después de la derrota de Waterloo. Aquellos hombres, no obstante, habían hecho la epopeya del Imperio. Cada uno de ellos enorgulleciase contando las cicatrices de su cuerpo, curtido por todos los soles de Europa. ¿Cómo, de repente, temblaban así y así lloraban? El mismo Stendhal no lo explica.

¡Quién va a explicar, en efecto, los contrastes del alma humana! Yo evoco siempre, cuando se habla de estos misterios psicológicos, dos casos muy conocidos. El primero es el del rey de Navarra, el divino Enrique, que, al entrar en el combate, se decía a sí mismo: «Tú tiembles, caraña; tú tiembles.» El segundo es el del general De Galliffet, que después de haberse portado en Méjico con un arrojo tan temerario que espantó al mundo, desmayóse un día, con la espada en la mano, en un duelo parisiense.

Estadísticas de muertos y heridos.

26 de agosto.

Si quisiéramos dar fe a los telegramas de las Agencias y a los cálculos de los periódicos, los veintitantos días de la campaña actual habrían ya costado a Europa más vidas que la guerra de los Cien Años. Después de cada una de las batallas indecisas que hasta hoy se han dado, los estadísticos hacen sumas fantásticas: Un solo paso más allá de una frontera, representa, según ellos, muchos millares de víctimas. Y como la gente está acostumbrada a pensar con espanto en los formidables medios de destrucción que la ciencia moderna ha puesto en manos de los hombres civilizados, como supone que un solo cañón puede destruir un regimiento en pocos minutos, como cree que los aeroplanos y los dirigibles son capaces de hacer llover fuego del cielo, no tiene ningún inconveniente en figurarse que, comparadas con las luchas de hoy, las de los tiempos pasados eran casi juegos de niños.

La historia militar, no obstante, nos hace ver que, en esto de matar, como en casi todo lo demás, el progreso no es más que ilusorio. Desde el tiempo de Napoleón hasta nuestros días, en efecto, el porcentaje de los que sucumben en cada batalla ha descendido de 25 a 4. He aquí un documento publicado por el Estado Mayor inglés, que lo prueba:

Muertos en Austerlitz, 25 por 100.

En Leipzig, 20 por 100.

En Solferino, 12 por 100.

En Sadowa, 9 por 100.

En Monastir, 4 por 100.

Y si de las batallas pasamos a considerar las guerras en su conjunto, encontramos la misma proporción descendente:

Muertos en las campañas de Federico el Grande, 6 por 100.

De Napoleón, 3 por 100.

De 1866, 1 por 100.

De 1870, 2 por 100.

En la ruso-japonesa, 0,5 por 100.

— ¿En qué consiste esto? — preguntamos todos.

— En que a cada progreso en el arte de matar corresponde un progreso mayor en el arte de no exponerse — nos contestan los tácticos.

«Ante las armas nuevas — escribe el comandante Kulmann — la infantería se ha hecho más invisible, aprovechando mejor los accidentes del terreno. Además, se han ensanchado las formaciones y se ha descentralizado el mando de sus unidades. La artillería, por su parte, adopta el tiro oculto o *masqué*, utilizando los aparatos para la puntería, que le permiten poner sus baterías en fosos donde los artilleros no ven nada y donde nadie los ve. Sólo el jefe que observa el tiro ve su efecto, y expide sus órdenes a las piezas por teléfono. El enemigo obra del mismo modo, de tal manera, que las dos artillerías llegan a buscarse una a la otra sin descubrirse jamás. Así, mientras más mortíferos son los proyectiles, las pérdidas disminuyen de un modo increíble.»

A este propósito, el general Percin recordaba, poco

ha, que cuando se introdujo en Francia con el nuevo cañón la nueva táctica, los viejos oficiales que habían visto la guerra del 70 y que conservaban el orgullo de dejarse matar noblemente, pero tontamente, protestaron contra ese método, que ellos calificaban de «sistema de la cobardía».

— ¿Qué queréis que hagamos, si los alemanes han sido los primeros en adoptar esta táctica? — preguntóles, no sin ironía, el jefe de las maniobras.

— Enseñarles cómo se sucumbe con valor y con honra — respondió el más viejo de todos.

Por fortuna para los franceses, tal lección no inspiró al Estado Mayor sino una sonrisa.

En Francia, más que en ninguna parte, el mayor de los peligros es cierta imprudencia mosquetera, hecha de petulancia muy gentil, sin duda, pero muy desastrosa también. Froissart, que había aprendido a tener sangre fría en Inglaterra, lo dijo ya hace quinientos años, después de explicar con cuánto heroísmo los caballeros gascones habían tenido el honor de hacerse matar por los portugueses, a pesar de los consejos prudentes de los capitanes castellanos, en la primera jornada de Aljubarrota.

Por lo demás, el mayor peligro, en la campaña, no son las balas, sino las enfermedades. Los que sonríen al considerar que el Gobierno alemán se preocupa ahora del servicio sanitario hasta el punto de tratar a sus regimientos con cuidados de enfermero, ignoran, sin duda, lo que la falta de higiene ha costado en el curso de las guerras. He aquí aquí algunos datos:

En Crimea murieron:

De heridas, 24.870 hombres.

De enfermedades, 95.121.

En 1870:

Murieron combatiendo, 17.600.

Fueron heridos 96.200, de los cuales murieron después 11.000.

Enfermaron 380.000, de los cuales murieron 12.600.

En la guerra ruso-turca:

Murieron de heridas, 16.600.

De enfermedades, 44.400.

En Manchuria, en el campo japonés:

Murieron combatiendo, 47.200.

Fueron heridos 47.400, de los cuales murieron después 11.400.

Enfermaron 554.900, de los cuales murieron 27.200.

Otra de las cosas que nos sorprenden a los que consideramos la artillería como el arma más terrible, es lo poco que el cañón mata en realidad. Mil artilleros, en efecto, hacen menos víctimas que mil soldados de infantería. He aquí algunos datos que encuentro en *Le Combat*:

De 100 muertos o heridos, la parte correspondiente al fuego de los cañones, fué:

En 1870, el 18 por 100.

En la guerra ruso-turca, 10 por 100.

En la guerra ruso-japonesa, 14 por 100.

En los Balkanes, 9 por 100.

Después de publicar estas cifras, el autor de *Le Combat* escribe: «¿Para qué sirve la artillería? ¿Por qué no tener sólo infantería y caballería? Estas son preguntas naturales. La respuesta es, sin embargo, sencilla: la artillería no es un arma ofensiva, sino defensiva; sirve para obligar al adversario a echarse a tierra para tirar. Es un arma que impresiona más que mata.»

Los voluntarios extranjeros.

28 de agosto.

«Había gentes de todas las naciones», dice Flaubert describiendo el campamento de los cartagineses.

En la inmensa explanada de los Inválidos, esta tarde de movilización de voluntarios extranjeros, no son gentes de todas las naciones venidas para combatir a un enemigo común lo que encontramos, sino almas del mundo entero que desean unirse al alma francesa en su lucha contra el cesarismo. A primera vista, el espectáculo carece de grandeza pintoresca. Nada en el traje indica el origen de cada pueblo. El hongo nivelador y la americana democrática dan a la masa palpitante un aspecto homogéneo. Pero cuando nos acercamos, cuando penetramos entre las filas, cuando oímos las palabras que salen de los labios, babélicas sensaciones de epopeya nos hacen recordar las frases ardientes de *Salambó*. Todas las razas, en efecto, están aquí reunidas. A todas las anima un mismo ideal de desinterés, de cultura, de libertad y de justicia.

Los primeros que avanzan, pesados y tranquilos, son los rusos. Sus ojos claros, sin luz, sin brillo, parecen acariciar un interminable ensueño de bondad. Enemigos casi todos ellos del régimen autocrático que oprime a su patria, habían buscado en la tierra tranquila de Fran-

cia un oasis para respirar apaciblemente lejos de la pesadilla de Siberia. Una guerra entre el zar moscovita y el César austriaco, ni siquiera habría conmovido sus corazones lacerados por la tiranía secular. Pero ahora es la tierra elegida de sus cerebros, es la tierra de los Derechos del Hombre la que se halla en peligro. Y con la misma fría y voluntariosa languidez con que emprendieron un día el éxodo hacia el Occidente, prepáranse ahora a marchar camino del Este.

— En Berlín — dicen — nos reconciliaremos con nuestros paisanos los cosacos.

Detrás de ellos, formando con ellos un extraño contraste, van, nerviosos, gesticuladores y gárrulos, los italianos. Su número es tan crecido, que ha sido preciso dividirlo en tres cohortes, que se presentarán en tres días diferentes. Los de hoy pasan de seis mil, y con el ruido que meten, con la alegría que demuestran, con el ardor de que hacen gala, dijérase que forman un cuerpo de ejército entero. De un extremo a otro interróganse, haciendo amplios ademanes. El que menos, promete traer toda la Baviera para Francia, y dejar, de paso, en Italia, además de Trieste y Trento, un jirón del Tirol. «Con esto — exclama uno — ya veréis si vuelvo, a pesar de los cañones.» Y sacudiendo la cadena de plata que adorna su chaleco de terciopelo, enseña un amuleto hecho para vencer la más mala de las suertes. En el acto, como movidos por un resorte, los que le rodean métense las manos en la faltriquera con objeto de cerciorarse de que sus cuernos de coral y sus dientes de marfil están siempre en su escondite, conjurando la *jettatura*.

— ¿Y si Italia se decide a unirse a la Triple Alianza al fin? — pregunta alguien a un napolitano de bellos cabellos rizosos.

— ¡Imposible! — murmura éste.

Pero hay, al propio tiempo, en sus ojos de fuego un ligero parpadeo de inquietud.

¡Servir contra la patria!

Los austriacos de Bohemia, de Dalmacia y de Transilvania van a llevar a cabo tal acto de terrible heroísmo. Por eso están tristes. Y poco importa que sus conciencias les aseguren que la patria para ellos no es el Imperio que los oprime. Vagamente piensan que se encontrarán, quizás, en los campos de Alsacia, frente a los batallones en los cuales sus hermanos han sido alistados y que sus balas, en principio libertadoras, pueden ser fratricidas. ¡Oh! ¡Qué tristes, qué tristes están estos hombres!

No así los griegos, ni los búlgaros, ni los turcos, que aparecen reunidos en un vasto cortejo, y que, olvidando sus rencillas pasajeras, se sienten felices de volver a respirar el olor de la pólvora y de la sangre. Como buenos orientales, estos mozos morenos, de ojos salvajes, yérguense, mirando con desdén a sus vecinos. «Nosotros — parecen decir — no somos bisoños; nosotros sabemos lo que es luchar y vencer; nosotros conocemos la voz de los cañones.» Y alzándose sobre las puntas de sus pies, hacen esfuerzos sobrehumanos por llegar a la altura de los ingleses.

Son cinco mil estos ingleses. Y no son como los ingleses de las comedias y de las caricaturas; no son taciturnos, no son helados, no son silenciosos. Son ingleses de rostros crueles, de miradas fijas, de manos recias. Hablando en voz alta, se preocupan del lugar adonde creen que deben enviarlos. Y todos, a una voz, piden ir a la frontera en seguida, para luchar mañana mismo.

Junto a ellos, los mil norteamericanos enorgullécense

de sus siluetas esbeltas y de sus caras sonrosadas. *Sportmens* todos, y todos jóvenes, forman una falange apta para las más duras empresas. Cada uno de ellos ostenta en la solapa una minúscula bandera de líneas rojas y estrellas blancas. Los más fuman sus pipas en silencio. Todos tratan de agruparse, aislándose de las demás nacionalidades, con un instinto innato de orgullo aristocrático. Y es que, realmente, en este amontonamiento de pueblos, los ciudadanos de la Unión forman, por sus maneras y por sus situaciones, algo así como un grupo de escogidos. Sus trajes son, en general, elegantes, y los cuellos de sus camisas lucen con inmaculada albura.

Más curiosidad que los yanquis y los rusos, más curiosidad que todos, inspiran los seis mil judíos que ocupan bajo las enramadas de la Explanada un inmenso espacio. ¡Los infelices! Con sus perfiles de aves de presa forman por sí solos un ejército en el cual se ve más variedad de aspectos que en el resto del campamento. Los hay morenos, muy morenos, hijos sin duda de los nobles sefarditas expulsados de España, y los hay rubios y pálidos, escapados de las estepas rusas. Y los hay bellos, de belleza bíblica, con sus barbas fluviales; y los hay sórdidos y escrofulosos, testigos siniestros de lo que ha sido, a través de los siglos, la existencia del «gheto»; y los hay que son como las caricaturas de sí mismos, de tal modo sus rasgos se estiran en sus rostros que se crispan.

— Todo el mundo está aquí representado — me dice Canudo, uno de los organizadores de la falange internacional... — Vea usted aquel grupo de egipcios... Allá van los suizos... Aquéllos son portugueses... Hasta del Japón y de la China tenemos algunos centenares...

— ¿Y de España? — le pregunto —. ¿Y de la América española?...

Canudo consulta sus papeles.

— No — me dice al fin —, no...; de España y de la América española no veo nada... Hace quince días se habló de algunos españoles y mejicanos que debían reunirse en la rue Michel-Ange, en el domicilio de Rubén Darío, convocados por el Sr. Huertas... Pero luego no se ha vuelto a decir una palabra... No... En mis listas no figuran ni España ni la América española...

Falta España y falta la América española; es cierto. Llorémoslo, que esto indica lo lejos que nuestra raza vive del gran movimiento idealista del mundo. Preocupados siempre por pequeños intereses, por pequeñas luchas, por pequeños problemas, ni siquiera vemos la magnitud de la tragedia. En Madrid, según parece, se juega al juego de «Francia vencerá» y «Francia no vencerá», como al otro juego triste de «Maura sí, Maura no»... Cada uno ve con sus simpatías. Nadie descubre el fondo trascendental de la realidad.

En cambio el resto de los hombres acuden hacia el país que representa en este instante las ideas de libertad y de justicia eterna.

En efecto, desde los días sagrados de la guerra de la independencia helénica no se había visto en el mundo un entusiasmo por contribuir al triunfo de un pueblo igual al que hoy demuestran los extranjeros que viven en Francia, y que reconocen en ella el baluarte de la civilización.

Centenares de oficinas para recibir las adhesiones de los voluntarios se han abierto, y a la puerta de cada una de ellas apiñanse los que anhelan empuñar un fusil. La semana pasada, calculando generosamente un periódico,

decía: «Nuestros amigos nos darán un contingente de veinte mil hombres.» Ahora bien: esta tarde, sólo los italianos «enrolados» en París y en Marsella pasan ya de esa cifra. Y además de los italianos, están los rusos, los suizos, los escandinavos, los griegos, los rumanos, los ingleses. Hasta los hijos del lejano Siam establecidos en varias ciudades europeas acuden, risueños y tranquilos, a pedir que les concedan el honor de arriesgar sus existencias por esta tierra de generosidad latina.

Marinetti, que, como buen futurista, sabe leer en el porvenir, aseguraba hace algunos meses que nunca Italia, en el último instante, podría lanzarse a una lucha fratricida sin exponerse a una explosión de cólera nacional. Sus palabras entonces hacían reír a los que, durante años y años, han visto la Tríplice cual un bloc de acero. Hoy todos saben ya que la actitud del Gobierno de Roma obedece, más que a bajos cálculos políticos, al convencimiento de que una campaña contra Francia habría acarreado para la dinastía de Saboya tantos riesgos interiores como exteriores. Y es que hay en el mundo, a pesar del egoísmo diplomático de que todos los pueblos hacen gala en tiempos normales, una conciencia que se torna sensible en los instantes trágicos y que obliga a los pueblos a reconocer la grandeza de las causas.

Y hay también, en las circunstancias actuales, en el ánimo de los europeos que no son germanos, algo que es instinto de conservación.

El *Times* mismo, a pesar del orgullo británico, lo reconoce cuando asegura que el triunfo de Alemania en la guerra actual representaría, no sólo la ruina completa de Francia, sino la esclavitud moral de toda Europa. ¿Cuánto tardaría la invasión de Inglaterra, en efecto,

después de la derrota de Rusia y de Francia? Y una vez los ingleses vencidos, ¿quién podría en Europa substraerse al dominio alemán?...

La lucha que comienza es la de Europa entera contra el poder de la antigua Alemania soñadora, desde la Edad Media, de imperios universales.

Los extranjeros, que lo saben, que lo sienten, acuden a ofrecerse para salvar, al mismo tiempo que el genio francés y la civilización francesa, sus propias independencias materiales o morales.

Esto Alemania no lo ignora. Fuerte y clarividente, el formidable pueblo del Káiser confiesa que las simpatías no están de su parte. Es más: si no se equivocan los que vienen de Berlín, también comprenden, con sus claras inteligencias, que ni la razón ni las circunstancias les ayudan. Por una especie de fatalidad histórica, diríase que, entre cien ocasiones que durante los últimos años se han presentado, el partido militar prusiano ha escogido la única en que nada de justo ni de generoso puede descubrirse.

— Es una lástima no haber aprovechado Agadir—dicen que dijo ayer un embajador del Káiser.

Lástima, en efecto, que, por ayudar a un Imperio de sesenta millones de almas a destruir un pequeño pueblo heroico, el gran emperador, cuya figura aparecía cual un símbolo de la antigua hidalguía medioeval, haya sacado de su vaina la espada en cuya empuñadura resplandece una cruz.

La inquebrantable fe.

30 de agosto.

«30 de agosto. — Una violenta acción se verificó ayer en la región Launoy-Nouvion. En nuestra ala derecha una verdadera batalla ha sido dada por cuatro cuerpos de ejército, que, tomando la ofensiva, rechazaron hacia Guisa a la Guardia alemana y al 10.º cuerpo alemán.» — *Le Temps*.

Instintivamente volví la vista hacia el mapa, buscando en la frontera del Norte estas regiones de Launoy y de Nouvion. Allá arriba, por Lille, por Valenciennes, por Avesnes, por Rocroi, no la encontré. Con angustia comencé a ver más abajo, entre Arras y Charleville. Tampoco vi nada. Seguí buscando hacia la derecha, sin atreverme a descender por las comarcas del Sudoeste. Todo fué en vano. Las manchas rosas de los fuertes de Laon me atrajeron. Pero no, no podía ser ahí, a mitad de camino de la frontera belga a París. No era ahí, en efecto. Era algo más lejos, no mucho más, apenas a unos 30 kilómetros...

Entonces, por primera vez desde el comienzo de la guerra, la terrible, la dolorosa idea de una realidad temida e inesperada invadió mi alma.

¡La invasión!... ¡Las hordas germánicas a dos horas de París!... ¡La perspectiva del sitio, del bombardeo, del hambre!

Aquel que hubiera predicho tal desastre tres semanas antes, cuando el país entero entreveía ya la reconquista de la vieja Alsacia ensangrentada, cuando los regimientos de ulanos huían despavoridos ante las bayonetas enemigas, cuando las águilas imperiales parecían haber perdido el poder de sus alas, cuando los ciento cincuenta mil habitantes de Milhuse recibían a sus libertadores llorando de entusiasmo, cuando en el férreo Berlín sentíanse inquietudes y zozobras, cuando todo, en fin, presagiaba el triunfo, la *revancha*, la venganza, aquel pesimista habría sido considerado como un loco o como un criminal. Y es que, no contando sino con su ardor, el país, que se levantaba tranquilo, unido, fuerte, para encaminarse a la frontera cual un solo hombre, sentíase invencible. El poder mayor de un pueblo cuyo único objeto ha sido la guerra, no parecía impresionar a nadie. La justicia y el heroísmo animaban con su soplo todos los pechos.

— No, no podemos ser vencidos — exclamaban todos.

Y era tal la unión, tal la confianza en sí mismo, tal el aliento patriótico, que aun los más hostiles a las esperanzas, creían con toda fe, con toda esperanza. El pueblo así capaz de erguirse en un supremo instante, no podía, no debía ser vencido.

Mas he ahí que, de pronto, la terrible sorpresa cambiaba todas las previsiones, destruye todas las esperanzas.

— ¡Cómo debe sentir París este espantoso despertar de su sueño triunfal! — pensé, lleno de congoja.

Por la calle, la gente pasaba como siempre. Yo la veía a través de los cristales de mi ventana, y parecíame descubrir en sus rostros, en sus gestos, en todas sus actitudes, algo de muy triste, de muy trágico. ¡Con qué ansia parecióme, en un principio, que leían las noticias

de los periódicos! ¡Con qué pena antojóseme que contemplaban la ironía del bello sol salido para iluminar la gran catástrofe!...

En vano algunos sonreían. En vano otros charlaban con animación. En vano los niños corrían tras sus aros por las amplias aceras.

No podía ser que un solo francés se sintiera menos acongojado que yo.

Para convencerme, salí de casa. En el café, mis amigos que no son soldados, los viejos, los que no pueden ya llevar un fusil, estaban en el sitio de siempre. ¡Cuánta lástima les tuve! Al verlos leyendo ávidamente las últimas ediciones de los diarios, no me atreví siquiera a hablarles. ¿Qué iba a decirles que ellos no sintieran mejor, más hondamente, más patéticamente que yo?

De pronto, uno, tranquilo, exclamó, alzando la cabeza:

— Bueno; pues ahora los aguardamos aquí.

Nada más. Ni una palabra de desesperanza, de horror, de dolor. Sus ojos tenían la serenidad clara de siempre. Su pipa formaba armoniosas espirales de humo.

— ¿Y usted — le pregunté a otro —, qué piensa?

— Que triunfaremos — contestóme.

Luego, poniendo la diestra sobre los periódicos amontonados en el velador de mármol, agregó:

— Todos están de acuerdo... No hay que impresionarse... No hay que dar más importancia de la que en realidad tiene a un primer desastre... Francia es grande... Detrás de París está el resto del territorio... ¡Ah! ¡Claro que será duro!... No importa... El final es lo que cuenta... París se prepara a resistir si es necesario... ¡Qué diablo!... La guerra no es un juego... Tenemos agua, tenemos víveres, tenemos armas, tenemos hom-

bres... Las autoridades militares se preparan ya para la defensa...

En uno de los periódicos, en efecto, un aviso del general Gallieni hacía saber al público que todas las construcciones comprendidas en el campo atrincherado de la capital debían ser demolidas en el término de cuatro días. Otro periódico hablaba de la necesidad de hacer salir de la capital a las mujeres y a los niños inmediatamente... Por la calle, los inmensos camiones del Estado Mayor pasaban llenos de cajas misteriosas, y en los pesantes de los automóviles cerrados flotaba la bandera blanca de la Cruz Roja.

En el fondo de mi alma había un gran silencio, que no correspondía al ruido que me rodeaba. Porque el café entero, vibrante de entusiasmo, era una pajarera. Las mujeres mismas, por lo general discretas, mezclábanse en la charla guerrera, poniendo una nota de gentil ardor en el conjunto.

Para recogerme en mí mismo, tomé un número de *Le Temps*. El primer artículo que leí, firmado por el general De Lacroix, terminaba así:

«Mi sentimiento es que la marcha hacia adelante de los alemanes no tardará en detenerse. Debemos, pues, resistir, para que no puedan retirar de sus líneas a ninguno de sus combatientes.»

Luego cogí *Le Figaro* y leí las últimas frases del editorial, que dicen:

«No, no es un sacrilegio decir que ante los muros de París el ejército alemán, que se cree vencedor, sentirá en sus flancos uno de los más grandes desastres de la Historia.»

En seguida leí en *L'Echo* estas palabras de Maurice Barrés:

«La victoria será el fruto de una acción combinada de las tropas francesas, de las tropas rusas y de la escuadra inglesa. Todo se desarrolla conforme a las previsiones de los aliados. La que debiera temblar, viendo su situación, es la arrogante Alemania.»

De pronto, un grupo de *camelots* invadió el café para vender un suplemento de *La Liberté*, con la noticia del primer ataque aéreo de París. Un oficial alemán acababa de lanzar en los alrededores de la estación del Este tres bombas y una proclama: «Rendíos, parisienses, pues nuestras fuerzas están a vuestras puertas.»

Instintivamente, me volví hacia los grupos que me rodeaban, buscando, siquiera en los rostros femeninos, la palidez del espanto. Pero, lejos de eso, lo que vi fué una general, una unánime expresión de ironía. ¡Tres bombas para tres millones de habitantes!... No..., no era bastante... Y, poco a poco, las bromas fueron saliendo de los labios para saludar aquella hazaña...

Cuando la charla volvió a recobrar su seriedad, todos dijeron en resumen:

— Sin duda el momento es grave. Pero no es cosa de desesperarse... Triunfaremos, triunfaremos... Nos costará trabajo; nos costará sangre... No importa... El sacrificio todos lo hemos hecho... No hay por qué dejar de esperar...

Entonces, lo confieso, tuve un poco de vergüenza por haberme sentido desalentado. Y ante tanto optimismo, ante tanta fe, ante tanta calma heroica, pensé que, si no triunfa, por lo menos merece triunfar un pueblo cuyos hombres y cuyas mujeres así contemplan, imperturbables, la más terrible, la más trágica de las situaciones...

El Gobierno se va...

París, 2 de septiembre.

«El Gobierno abandona París... El Gobierno va a instalarse en Burdeos...» Y lo que no han logrado los alemanes con su marcha hacia la capital, ni los aeroplanos enemigos con sus bombas, estas noticias, previstas no obstante desde hace tiempo, lo consiguen en un minuto. La sonrisa de la ciudad, en efecto, desaparece.

— No puede ser — exclama la gente —; el Ministerio que se llama de la Defensa nacional no puede marcharse.

En vano los periódicos explican que por lo mismo que es un Ministerio de defensa tiene que alejarse del campo hoy amenazado, para organizar en el resto del territorio la resistencia.

— ¿Os parecería natural que el jefe del Estado cayera en manos de los alemanes? — preguntan los hombres políticos.

— No — contestan todos.

Sin embargo, la idea de que la capital se quede sin Presidente y sin ministros, causa en el ánimo del pueblo una profunda sensación de desconsuelo. Lógicamente, se piensa que este éxodo oficial implica la seguridad de que París será tomado, de que los fuertes del sector Norte no podrán detener el empuje de los invasores, de

que las guarniciones no son bastante numerosas para oponer un dique al alud adverso. Y todos se preguntan por qué en tal caso las notas del Bureau de la Presse se muestran aún tan optimistas. Ayer, nada menos, un periódico casi oficial publicaba un artículo titulado: «Que París sea atacado, puede ser; que sucumba, eso jamás.» Y en este artículo, un ex ministro de Negocios Extranjeros, M. Pichon, decía: «París puede ser atacado, pero eso no significa que sea tomado. Ya en 1871 los prusianos trataron de apoderarse de la ciudad combinando algunos asaltos con un bombardeo salvaje. No lo consiguieron. París no se rindió sino porque iba a morir de hambre. Hoy no tenemos el mismo temor. Nuestras fortalezas no son las de hace cuarenta años. Colocadas en posiciones dominantes, están construidas a la moderna y poseen toda la fuerza necesaria para la resistencia. Si los cañones de sitio alemanes son ahora más poderosos que los de 1870, las defensas también lo son. El equilibrio está así establecido. Además, si en 1870 no teníamos como guarnición ninguna tropa verdadera, hoy poseemos más de 100.000 hombres de primer orden.» Esta confianza, todos la compartían ayer. ¡Tomar la gran plaza fortificada, nunca! Hasta los más pesimistas, hasta los que han sido bautizados con el nombre de «sembradores de pánico», hasta las mujeres, hasta los niños estaban seguros de que ningún ejército, por formidables que fueran sus cañones, lograría destruir las cúpulas blindadas de Pointoise, de Saint-Germain, de Saint-Denis. Y en cuanto al asalto, parecía una verdadera locura pensar en que se atreviera el Káiser a ordenarlo.

No; los parisienses no temían nada. No temían el hambre, que es el gran peligro de los sitios, porque el Gobierno aseguraba que las provisiones ya guardadas en

los almacenes eran suficientes para más de un año. No temían el sitio tampoco, porque la estrategia enseña que una circunferencia de doscientos kilómetros requiere un millón de hombres para asediarla. No temían las tentativas de ataques, porque las tropas frescas y numerosas de que dispone el general Gallieni constituyen un verdadero ejército de *élite*. Y ya hubieran podido los aviadores germánicos continuar durante días y días dejando caer sobre los techos de las casas del Bulevar papeles en los cuales aseguran que dentro de una semana estarán en los Campos Elíseos. Ya hubieran podido los periódicos de Berlín repetir que la artillería de gran calibre es capaz de destruir en pocas horas los más enormes fuertes de acero y de cemento. Sonriendo siempre, los parisienses se sentían más seguros en su recinto que los ingleses en Londres.

A decir verdad, si hay en Europa una capital bien defendida, es París. Durante cuarenta años el Estado Mayor ha reunido, en un vasto radio, todo aquello que la ciencia estratégica ha ido inventando para hacer inexpugnable una plaza. Los antiguos fuertes de 1870, buenos cuando se trataba de recibir las descargas de los cañones de bronce, han desaparecido o se han convertido en depósitos de municiones y de tropas. En su lugar, otras obras de arte han surgido, más avanzadas y más poderosas, a treinta kilómetros de Notre-Dame. «Los demás trabajos de la defensa — dice el coronel Roveret — tienen por objeto fortificar los intervalos entre los fuertes, de modo que la infantería encuentre ahí puntos de apoyo en el combate. Consisten en *redoutes* para los cañones de tiro rápido y para las ametralladoras, en trincheras para los tiradores, en alambradas infranqueables. Las baterías y los obstáculos pasivos forman los

elementos fijos de la defensa. Pero el papel principal lo desempeñan las tropas que deben, no sólo resistir, sino atacar al enemigo. Las tropas de París se componen de nuestros mejores batallones. Si los alemanes intentan una acción, se encontrarán con una resistencia que ni en años enteros podrán vencer. Agreguemos a esto que el general Gallieni es quizás el jefe cuya energía y cuyo talento inspiran mayor confianza en Francia, y nos encontraremos con elementos más que suficientes para inspirar una seguridad absoluta a los parisienses.»

Y los parisienses tenían esa confianza. Los parisienses, en estas últimas tardes, salían a la calle sólo para ver caer las bombas de los aeroplanos alemanes y para saludarlas con grandes risas. Los parisienses no se tomaban ni siquiera el trabajo de visitar sus cuevas para saber si, en caso de bombardeo, les sería posible encerrarse en ellas y llevar la vida a que los habitantes de Belgrado están ya acostumbrados.

Por precaución, o tal vez por sibaritismo, la burguesía proveíase de comestibles. En los patios de muchas casas se ven, desde hace una semana, gallineros poblados de vistosos volátiles. Las tiendas de lujosas golosinas han sido desvalijadas por la gente rica. Lo mismo que las viejas cocinas caras al alma del viejo Dumas, los comedores actuales ostentan, a través de los cristales de sus *buffets*, pirámides de jamones, de pasteles, de salchichones. Las bodegas se pueblan de botellas y de barricas.

— ¡Qué queréis! — decían ayer los buenos parisienses —. Nuestros padres no olvidaron nunca que durante el sitio de 1870 tuvieron que comer ratas. Nosotros queremos saludar cada salva de obuses con una copa de vino y con una tajada de tocino...

Y sonreían...

Nada les hacía perder la sonrisa. Nada turbaba su confianza. Nada ennegrecía su optimismo.

Un día de la semana pasada, la autoridad militar, temerosa siempre de que sus cálculos en materia de provisiones fuesen erróneos, decidió que los alcaldes de barrio visitaran las casas y aconsejaran a las familias el éxodo. No era que se temiese nada malo... Era precaución... Los que quisieran quedarse, no tenían por qué temer ni hambre, ni peligros... Pero, en fin..., en tiempo de guerra..., en visperas probables de sitio...

La gente oía, y luego, sin fanfarronería, contestaba:
— Estamos bien aquí...

Las Empresas de ferrocarriles, por su parte, anunciaban que los trenes hacia el Centro, hacia el Mediodía y hacia Bretaña acababan de ser restablecidos después de la movilización, para que los parisienses pudieran salir de la capital.

Los parisienses no acudían a las estaciones.

Una fe y una confianza absolutas animaban a la gran metrópoli, que hablaba ya de abrir de nuevo sus tiendas, de lanzar nuevas modas, de dar espectáculos artísticos. En pleno Bulevar, el Petit Casino, que no tiene de *petit* sino el nombre, llenábase todos los días de espectadores dispuestos a aplaudir las canciones patrióticas y a ponerse de pie para corear la Marsellesa. Los cinematógrafos no sabían cómo hacer para que su clientela cupiese en sus vastas salas. Por la noche, una vez los cafés cerrados, las calles céntricas convertíanse en paseos elegantes. En vano el señor prefecto de Policía hacía pegar en los muros carteles blancos recordando que después del Cubrefuego los grupos eran terminantemente prohibidos. Siempre *frondeurs*, siempre calleje-

ros, siempre parleros, los ciudadanos, acompañados por las ciudadanas, establecían sus tertulias en las esquinas para comentar las noticias del día.

Y he aquí que han bastado unas cuantas líneas en los periódicos para que todo esto cambie como por encanto.

El Gobierno abandona París..., el Presidente se va..., los ministros se instalarán mañana en Burdeos...

Viendo los rostros de los que dicen esto, cualquiera se figuraría que al irse M. Poincaré y sus secretarios de Estado se llevan los fuertes, los cañones, los soldados, las provisiones, y que los alemanes entrarán esta misma noche con sus bombas incendiarias...

Cas mujeres de Heidelberg.

3 de septiembre.

Para dar al mundo una nueva prueba de la *brutalité* de los alemanes, la *Guerre Sociale* publica hoy la *orden* del comandante de la plaza de Colonia, relativa al paso de los convoyes de prisioneros franceses.

«Se previene a los habitantes de las localidades por las cuales pasan los prisioneros enemigos — dice esa orden — que no deben ofrecerles refrescos sino en la medida de lo estrictamente necesario.»

Y agrega:

«Para evitar escenas como las que nos señalan de Heidelberg, donde las mujeres invadieron la estación para ofrecer bebidas y saludar como verdaderas histéricas a los prisioneros de un tren, se impedirá que las mujeres penetren en los andenes de las estaciones en casos análogos.»

En la época en que los españoles se disputaban el honor de servir y atender al caballero Bayardo, «gentil prisionero», o cuando, más tarde, los capitanes de Rocroi se descubrían antes de atacar a sus adversarios, sin duda, un edicto como éste habría merecido la universal reprobación. Pero en nuestros tristes días de atrocidades, de incendios y, sobre todo, de groserías, casi me parece que la *orden* del tirano de Köln es el primer do-